

DESDE que Fleming descubrió la penicilina, don Eufrasio Osorno creyó que lo único que merecía la pena en esta vida era ser americano, porque, a su juicio, estos señores nacían todos tan sabios, que hasta tenían automóvil.

Don Eufrasio Osorno, castellano de tierra adentro, de los que no habían visto el mar más que en los cromos que venían con las libras de chocolate antes de la guerra, sintió necesidad urgente de cruzar el Mediterráneo, y, después de hacerse las fotografías del pasaporte con gafas y todo para no perder tiempo, salió hacia Barajas.

Era primavera. Los plátanos y los castaños de Recoletos, plétóricos de frescura, heraldos de la gran estación; las terrazas de los bares, estaban todavía con las sillas y las mesas hacinadas; los regadores municipales bañaban el asfalto; el chico de los sifones y de los oranges pasaba en su carrito con sus mil ruidos de vidrio, que eran como un repiqueo de campanas de convento de monjas.

Pero esto no lo vio don Eufrasio Osorno, que iba soñando, apoltronado en el fondo de un taxi, con la misma sensibilidad que la piedra pómez.

II

Don Eufrasio Osorno tenía una fábrica importante de bolsas y era, además, almacenista de papel de todas clases, desde el que viene cortado en pliegos grandes, especial para impresores, hasta la cuartilla rayada que se vende con sobres forrados en papel morado, en lotes de seis, en una carpetita con un dibujo de Goya muy mal perfilado.

También tenía don Eufrasio gran cantidad de pliegos de papel rizado en colores, especialmente en rojo, de ese que se emplea para envolver la bombilla en las habitaciones de los chicos cuando les ha brotado el sarampión.

Pero don Eufrasio Osorno no había hecho su dinero con el papel, sino con el engrudo. En todo Madrid no había otro fabricante que se atreviera a pegar las bolsas con más cantidad ni con aquella calidad de engrudo.

Porque don Eufrasio, que sabía un rato largo de las cosas de su oficio, había inventado su propio engrudo, que era más difícil que encontrar una mujer con quien casarse, la cual no logró, a pesar de haber puesto tanto interés como en su descubrimiento.

«¡La «carga», ese es mi secreto profesional!», se decía don Eufrasio Osorno a sí mismo con una sonrisa socarrona, como aquel que tiene la fórmula para hacer volar el mundo cuando se le antoje.

Por la «carga» había vendido él tantas toneladas de bolsas.

III

Desde el interior del taxi, que ya marcaba doce pesetas, el de las bolsas iba pensando en su viaje de recreo, recorriendo mentalmente el itinerario tal como él lo había visto y estudiado en un libro de geografía elemental.

Sabía de memoria todos los puntos en que harían escala y, además, tuvo la prevención de meterse en el maletín de viaje planos de Nueva York, itinerarios, cuestiones importantes que debería ver y comprobar, todo cuidadosamente anotado, y donde, naturalmente, no figuraban para nada monumentos y «demás zarandajas», como él mismo decía.

¿Qué le importaba, pues, al señor Osorno? Si no iba a Nueva York a ver el ambiente, la fisonomía ciudadana, si tampoco le interesaba la sociología, ni sus monumentos, ni sus cosas importantes... ¿qué buscaba en Nueva York el señor Osorno? ¿Acaso pretendía perfeccionar técnicas, comprar maquinaria para la ampliación de su industria?

Don Eufrasio Osorno no buscaba nada de eso.

No dió cuenta de su marcha a sus amistades. La víspera del viaje llamó a su en-

EL HOMBRE DE LA LINEA EN BLANCO

Por Mariano GÓMEZ SANTOS

cargado y le puso en antecedentes, sin demasiados detalles, sin darle importancia a la cosa, como si fuese aquél un viaje de ida y vuelta a Torrelodones.

En Barajas, mientras tomaba un café negro, sin darse cuenta siquiera de lo que tomaba, porque estaba pensando en otra cosa, don Eufrasio Osorno empezó a bailar al compás del corazón, que también le bailaba como a un estudiante.

«Nueva York: ése es el secreto. Nueva York: ésa es la fórmula. No hay otra. Allí aprenderé a ganar el tiempo; eso, a ganar el oro del tiempo. El español es un millonario, un asesino del tiempo. Nueva York: ése es el secreto.»

Esto lo había dicho a media voz, mientras soplabla el café negro, que estaba frío, pero que él lo soplabla como si estuviese caliente por la fuerza de la costumbre.

Al darse cuenta de que, en efecto, había hablado alto, miró a su alrededor por si alguien le había oído, como si revelar sus propósitos fuese secreto de Estado.

IV

En los primeros días de un mes de enero, don Eufrasio Osorno llegó a Madrid con ocho kilogramos menos de peso, porque en Nueva York apenas había tomado lo que en castellano se llama caldo caliente.

Esto, que todo el mundo que le conocía advirtió al momento, don Eufrasio Osorno no quiso verlo, o, mejor, lo veía, pero disimulaba como un gallego. Cuando se lo decían, cambiaba de conversación y asunto concluido.

A la mañana siguiente de su llegada a Madrid se fué a una librería de la calle de Serrano y compró una agenda, como mandaban los cánones americanos.

Era una libretita encuadernada en piel marrón con vetas ocre. En las primeras páginas tenía tablas varias de los franquos postales, cotizaciones de subsidios familiares y otras bromas que al señor Osorno no le importaban lo más mínimo.

Buscó el mes vigente, y donde decía «Martes, San Apolinar», colocó el cordoncillo negro.

Se metió en su automóvil y le indicó al chofer que siguiera a la oficina. Mientras iban sorteando autobuses, peatones, tranvías y mientras se paraban y volvían a reanudar la carrera, don Eufrasio Osorno no se daba cuenta dónde estaba. Iba acariciando la agenda, como un chico coge sus libros de texto los primeros años de su carrera universitaria.

V

Don Eufrasio Osorno tenía la fórmula para la economía del tiempo. Amplió el negocio y se mandó construir un despacho en la rotunda del edificio, algo que era muy parecido a un invernadero, rodeado de cristales. Llenó la mesa de teléfonos y colocó un cuadro de timbres rojos y negros. El cuadernito decía qué tenía que hacer desde que se ponía los zapatos a las siete de la madrugada.

Un día, metiendo el pulgar en la sisa del chaleco y echándose hacia atrás en la silla del despacho, le dijo a su secretaria, con una voz grave, teatral:

—¿Qué edad tiene usted, señorita Villariz?

Desde que había regresado de Nueva York, llamaba a todo el mundo por el patronímico.

—Veinticuatro años, don Eufrasio—contestó la señorita, ruborizándose, creyendo en un tanteo prematrimonial de su célibe patrón.



—Bueno, bueno, desde mañana pasará usted a la oficina del almacén, porque ya es usted mayor para mecánografía. He decidido solicitar a la academia Pérez una nueva secretaria que no tenga más de dieciocho años. ¡Ah, la agilidad de los dedos! Parece que no se nota... ¡pero ya lo creo! Hay una diferencia de seis circulares, de veinte sobres, de diez cartas por jornada, eso tirando muy corto. Las cuentas no fallan.

Solicitó la joven mecanógrafa y en seis meses la inició en el ritmo de la oficina, no sin antes haber roto —esto también lo llevó en cuenta— 163 circulares, 24 sobres, 16 tarjetas postales y 221 cartas, en las que invirtió términos o fué necesario rehacerlas por diferentes motivos.

También para ganar tiempo comenzó a usar corbata de lazo hecho, zapatos sin cordones, y hasta llegó a fumar cigarrillos rubios, que le hacían daño, pero que le ahorraban el tiempo que otras veces empleaba en liar el tabaco negro.

VI

Llegó diciembre. Una noche, después de cerradas todas las cuentas, cancelado el ejercicio comercial del año, solo en el despacho, abrió el cuadernito. Repasó desde el principio; las hojas estaban atiborradas de anotaciones; era su actividad del año llevada en cuenta por horas, casi por minutos. Llegó a diciembre; quedaba una línea en blanco, una línea que era la correspondiente al día último del año. Pasó el dedo índice por el canto dorado del cuadernito como un prestidigitador antes de iniciar su juego de naipes. Hecho esto, lo dejó sobre la mesa y comenzó a pasear a lo largo del despacho. Estaba contento de su fórmula. El ejercicio comercial del año, económicamente, había sido inferior, pero no importaba. La fórmula para la economía del tiempo era su gran descubrimiento, su gran felicidad.

Mientras paseaba por el despacho, decidió que al día siguiente haría él ficción en su agenda: «Será un día dedicado exclusivamente al descanso.»

Y mientras pensaba esto tomó el sombrero y, dándole vueltas al llavero, bajó la escalera y se metió en el automóvil para volver a casa.

VII

A las siete de la mañana, como siempre, con luz eléctrica, el señor Osorno entró en el baño y aplicó la máquina al enchufe para afeitarse. Se aseo de prisa, como quien va a coger un tren, hasta el punto de que bajó las escaleras abrochándose los gemelos de la camisa.

En cuanto se vió en la calle, solo, moviéndose por sus medios físicos, el señor Osorno respiró profundamente. Miró el reloj.

Eran las ocho de la mañana y estaba en medio de la calle de Fuencarral.

Unos muchachos con traje de pana marrón oscuro y botas altas regaban la calle. Algunos empleados entraban y salían en las tabernas y en las cafeterías con pasos rápidos. Una mujeruca armaba su puesto de porras en la esquina de la calle de Augusto Figueroa. Algunas luces del alumbrado público permanecían todavía encendidas.

El señor Osorno, con las manos en los bolsillos, iba caminando hacia la Red de

San Luis mientras silbaba aquello de... «Es mi hombre...».

Grupos de obreros con sus cestitos caminaban con dirección al Metro de la Red posiblemente. El señor Osorno se paró en la esquina de Infantas y compró el «A B C». No quiso leerlo; lo dobló y se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta. Al pasar por una librería pasó, sin quererlo, por la fuerza de la costumbre, que el papel del escaparaté no «estaba bien de precio»: «La resma vale tanto, luego el precio al público, multiplicado por tal, es igual...; pero no. Hoy es mi día de descanso. No trabajaré ni mentalmente.»

Siguió andando; pero no pudo conseguir desprenderse, aislarse de sus cálculos: «Cinco por veinticuatro...; pero, lo dicho, no trabajaré y no trabajaré... ¡Usted perdón, caballero!...»

Don Eufrasio, embobado en sus cosas, había tropezado con un señor flaco que estaba parado en el borde de la acera. El señor flaco no contestó, pero le miró entre indignado y compasivo.

Don Eufrasio Osorno llegó a la Red de San Luis y bajó por la calle de la Montera.

«Verdaderamente —iba pensando—, si yo fuese empleado y me retiraran, me moriría de aburrimiento. Esto de no tener obligaciones debe ser angustioso; posiblemente el empleado no tenga la ilusión del patrono...; pero no, no pensaré tampoco: es mi día de descanso.»

Estaba ya a la altura de la calle de Aduana. Se paró un momento, dió la vuelta. Cerca del ascensor de la Red, algunas personas esperaban el autobús. Don Eufrasio miró el escaparaté de una camisería distraídamente y entró por Caballero de Gracia.

«Soy un hombre trabajador que no vale para vagabundo. El trabajo es... (Don Eufrasio no sabía definir lo que era el trabajo, pero le subió algo así por el estómago como si fuese el mercurio de un termómetro, lo mismo que sentía siempre que se emocionaba.) Bueno, ¡qué demonio...! El trabajo me gusta y basta; eso es todo. Y se acabaron las filosofías.»

Por Clavel iba a salir a la Gran Vía. Cruzó la calle. En aquel momento chillaron unos hierros, sonaron claxons; fué todo un segundo, en el tiempo que se tarda en dar un paso.

El autobús 2, que bajaba hacia la próxima parada, en la esquina de Caballero de Gracia, no pudo frenar; don Eufrasio estaba debajo de las ruedas delanteras como un gato viejo y perezoso.

Bajaron el cobrador, el conductor y algunos viajeros. En seguida se formó un grupo de curiosos que estiraban el cuello para ver la cara al atropellado.

Cuando el Juzgado levantó el cadáver, el abogado que examinó los objetos encontrados en los bolsillos de la víctima dijo al hojear el cuadernito: «Un hombre ocupado; un suicida que había reservado la última línea de su agenda para...»

Y tomando la estilográfica, escribió sobre la línea en blanco:

«Fué atropellado y muerto por un autobús a las nueve y diecisiete minutos de la mañana.»

